

## PROCESO POLÍTICO Y BIENESTAR SOCIAL

**Homero Cuevas, *Proceso político y bienestar social*, Universidad Externado de Colombia, 1998.**

La economía del bienestar, como cualquier otro tema de interés para los economistas, es una *Biblioteca de Babel* en la que el estudioso tropieza con abundantes escritos que repiten casi lo mismo e inundan de basura los más sofisticados sistemas informáticos de almacenamiento y transmisión de información. Y cuando un anónimo profesor del Tercer Mundo escribe sobre un tema respetable, se sospecha que no dice nada nuevo, sobre todo sus coterráneos. No obstante, quienes hemos sido testigos de su trabajo silencioso, sabemos que para producir buenos escritos se requiere sólo una cosa ardua y elemental: la paciente labor de investigación a través de varias décadas. Infortunadamente, en el Tercer Mundo el trabajo teórico es lento y fragmentario, pues los estudiosos —como el profesor Cuevas— deben invertir tiempo en ocupaciones rutinarias pero rentables para poder dedicarse, con altos costos de oportunidad, a las actividades importantes, que son pésimamente remuneradas en nuestros países.

Pese a ello, con una actitud lúdica y hedonista, nuestro autor confiesa que la redacción de su libro fue un placer remunerado, tanto más si produce externalidades positivas para los lectores. Aquí cabe decir que los libros, por más impersonales que parezcan, son el legado de una vida: a través de sus obras los escritores dan sentido a su vida y, en los mejores casos, a la de la vida de cientos de lectores; en esta pequeña obra se plasma la huella de más de un cuarto de siglo de docencia, en particular, en los cursos de Economía Política y Doctrinas Económicas que Homero Cuevas ha impartido a cientos de economistas.

Hoy, cuando el recurso más escaso y costoso es el tiempo, ningún economista, por eminente que sea, puede darse el lujo de escribir tan extensamente como los autores clásicos. Siguiendo el empeño de Borges y Sraffa, el profesor Cuevas presenta un menudo libro de veinticinco capítulos, intentando que no sobren ni falten palabras. Concibió cada capítulo como un *survey* que, luego de una apretada síntesis del tema, presenta una bibliografía de autores clásicos y de trabajos recientes. La obra refleja una profunda reflexión filosófica sobre los temas económicos y, además, gran habilidad para presentar complicados conceptos económicos en palabras sencillas sin recurrir a la retórica de la matemática. Y encierra un legado pedagógico implícito: que todos podemos reflexionar sobre los problemas económicos sin necesidad de ser versados en el lenguaje formal. Además, acaba con la falaz dicotomía entre economía normativa y economía positiva mostrando que cualquier formulación científica obedece a ideologías y juicios de valor, y que la economía del bienestar es el estudio positivo de los valores.

En forma panorámica, el autor muestra la transformación del pensamiento económico concomitante con la historia económica de los últimos tres mil años. Arranca con un mundo estable y sencillo en el que se cumplían las órdenes de la 'mano visible' o autoridad discrecional: el Edicto de Diocleciano, que en el siglo IV AD estableció topes máximos para todos los precios —de continentes enteros— y condenó a la pena capital a los vendedores y compradores que se atrevieran a violarlos. Y culmina con las paradojas de la sociedad moderna: de un lado, una tendencia intervencionista de la burocracia que introduce la discrecionalidad en los resquicios más íntimos de la vida privada mediante la pretensión de regular lo que un hombre y una mujer deben decirse y hacerse; de otro, unas perspectivas liberales en donde la 'mano invisible' del mercado regula la acción de los mismos gobernantes o, en tono más radical, sustituye la función pública por la gestión privada aun en la seguridad y la justicia. En la antigüedad, la moral regulaba por completo a la economía; hoy profesamos una nueva moral supeditada al intercambio mercantil.

La primera parte del libro —hasta el capítulo catorce— expone la forma en que los filósofos y economistas han justificado la búsqueda del bienestar individual y social. Es recurrente la alusión a Aristóteles para sostener que todas las acciones conducen a un fin y que las acciones económicas buscan la felicidad. En forma muy acertada, argumenta que la visión del bienestar como finalidad suprema es limitada pues no éste es universal sino que es fragmentado, en naciones, clases y grupos de interés, siempre en detrimento de aquéllos a quienes se discrimina. De modo implícito, recoge los planteamientos utilitaristas de Benthan y Mill para mostrar, con palabras de Smith y de Marx, que una sociedad no puede ser feliz si la mayor parte de sus miembros es infeliz. El quinto capítulo, *La revolución moral de la competencia*, señala un punto de inflexión en la historia de la humanidad: Smith y Quesnay captaron que, en contra del sacrificio y la abstinencia que las sociedades primitivas demandaban a las personas, los satanizados actos egoístas de lucro e interés propios de los individuos conducen al bienestar en una sociedad de mercado. Con cierta contundencia, cita a J. S. Mill para argumentar que las personas tenderían a valores superiores, esto es, más espirituales que lucrativos, y entre líneas sostiene que el mercado es un mal necesario que durará mientras las personas tengan motivaciones vulgares.

Dedica seis capítulos a exponer la visión moderna del bienestar y la forma en que la teoría económica se ha construido en torno al paradigma de la optimización. Estos muestran que los desarrollos modernos, en especial los aportes de neoclásicos como Walras y Robbins, atribuyen la eficiencia económica a la retribución objetiva de los factores de producción —trabajo y capital— determinada por el equilibrio competitivo y el óptimo de Pareto. El profesor Cuevas analiza en detalle este criterio y muestra que elimina los juicios de valor y las comparaciones de utilidad interpersonales ignorando cualquier consideración sobre la distribución del ingreso.

Con ayuda de los modelos clásicos de precios de producción —en particular con los aportes de Ricardo, Marx y Sraffa— sostiene que existe una relación inversa entre salario y tasa de ganancia o, mejor, que no se puede formar una tasa de ganancia o de retribución al capital sin afectar la distribución de los ingresos. Así recoge los argumentos de Marx sobre el fetichismo de la igualdad, la crítica de List a Smith y el llamado a la socialización de las herencias de Mill, y argumenta que sin redistribución del ingreso no puede haber competencia. También recoge los pertinentes trabajos de Pigou quien, con base en el utilitarismo, defiende la compensación para los más pobres y para aumentar el bienestar neto de la sociedad. En este punto, destaca el argumento de J. V. Graaf de que

ningún precio y ninguna retribución óptima pueden, de acuerdo con criterios de costo marginal, estar libres de juicios de valor.

En forma sumaria, Homero Cuevas expone los criterios alternativos al óptimo de Pareto para construir una función de bienestar social: de la rigidez de Bergson y Samuelson, quienes hablan de sujetos que deciden en torno a gustos, pasa a Arrow, para quien los sujetos también tienen valores y, así, sin comparaciones interpersonales de utilidad, no se pueden superar las paradojas electorales a menos que se recurra a la dictadura; y llega a los severos cuestionamientos de Sen ante los intentos de construir una función de bienestar social, y a su conjunción de ética y economía. Aún más brevemente insinúa las variantes del replanteamiento y del abandono de la función de bienestar social asociados con el liberalismo mínimo de Sen y el liberalismo radical de Nozick.

En la segunda parte —desde el capítulo quince al veinticinco— el profesor Cuevas sintetiza las tendencias actuales en teoría económica: el abandono del paradigma de la optimización y la incursión en la nueva economía política o estudio de las interacciones entre individuos. No ahorra emotividad en su lenguaje para relatar la forma en que Buchanan queda perplejo ante la incapacidad de los críticos para mostrar la impertinencia e inocencia de ‘la imposibilidad de Arrow’ y menciona de pasada a Rowley y Hayek, quienes demuestran que las tendencias antiliberales y autoritarias de Bergson, Pigou, Samuelson, Arrow y Sen caen en ingenuidades socialistas y desembocan en ‘ingeniería social’. Señala que para Buchanan, Tullock y otros teóricos de la elección pública, el énfasis no debe recaer sobre los fines —pues al fin y al cabo éstos atañen al individuo y las colectividades existen para promover los fines egoístas— sino sobre las reglas del juego o constituciones.

Además, insiste en que estamos viviendo una segunda revolución moral de la competencia, que amplía los alcances del planteamiento de Smith: no sólo los gobernantes y los votos, sino también el sexo, la educación y las mismas personas —con sus tendencias afectivas o criminales— son objeto del análisis económico pues, en últimas, obedecen a razones de costo-beneficio. No disimula entonces en recoger el aporte de autores cínicos, como Beccaria, Becker, Stigler, Posner y Calabresi. Con mayor detalle se introduce en el debate sobre los grupos de presión, la búsqueda de rentas de los políticos y los intereses creados de burocracias y grupos empresariales, indicando los aportes de Olson, Becker y Stigler. Sus amenos capítulos sobre preferencias electorales y métodos de votación, destacan los aportes de Duncan Black y Antony Downs, y su agudeza política se manifiesta en los capítulos sobre la burocracia y la teoría de las decisiones sociales, secciones que exponen la relación entre economía y poder, y las pavorosas formas de intervención de las ‘tecnoli-

garquías'. Infortunadamente, el capítulo final sobre las perspectivas liberales es muy tímido; resalta a Mill y Rawls, liberales de simpatías socialistas, sin profundizar en la vertiente radical de autores como Hayek y Popper.

Aunque es muy oportuno y útil para cualquier persona que desee iniciar y profundizar el estudio de la economía del bienestar, el libro tiene algunos vacíos —omisiones y carencias de un autor que puede dar mucho más— entre las que se pueden mencionar:

— El análisis de los procesos políticos en la determinación del 'bienestar social' apenas alude a los trabajos de teoría política. No hace referencia a la teoría del contrato social de Hobbes, Rousseau y Kant, de la que se nutren los enfoques de Arrow, Sen y Rawls. Tampoco a las teorías que demuestran la precedencia de la organización social sobre el Estado, en particular las de Locke, Hume, Burke, Tocqueville y Thoreau que constituyen otra fuente de inspiración de las ideas liberales. Tampoco hay huellas de Maquiavelo y de su relación con la forma moderna de hacer política sin romance, como constatan autores más pragmáticos como Buchanan y Tullock. Más notoria es la falta de mención a los aportes de Marx y de Kalecki sobre la formación de precios políticos.

— La revolución moral de la competencia se puede mirar, peligrosamente, como un mero punto de inflexión voluntarista. La obra no hace el recorrido histórico buscando delimitar lo que son procesos de evolución social y procesos de organización o construcción deliberados. Es insuficiente el énfasis en el hecho de que las instituciones resultan de la evolución social, de tal suerte que los pensadores individuales y su incidencia teórica pueden aportar, pero muy poco; insuficiencia ligada a la permanente insistencia del autor en la capacidad de los economistas construir un nuevo orden, lo que lo sesga en favor de cierta pretensión del conocimiento.

— La alusión a la economía institucionalista no va más allá de algunas menciones oportunas pero vagas. Se ignora a autores que señalaron la gran importancia del marco institucional de los mercados —como Veblen, Commons y Knight— y no se mencionan las diferencias entre la vieja economía institucionalista y los desarrollos neoinstitucionalistas de Coase y North. Extrañamente, ignora los aportes al evolucionismo y al institucionalismo de autores como Hayek, quien subraya que las instituciones resultan de las acciones de los hombres pero no de su voluntad, y mucho más, en el caso de la institución de la *catalaxia*.

— La referencia al análisis económico de la ley no profundiza la distinción entre 'normas informales' y 'normas formales', y se limita a señalar que el derecho obedece a una tradición social que precede a los decretos

constitucionales, y que los aportes de autores como Hayek, North y Coase han sido fructíferos en los países del *common law*.

— En torno a la burocracia, podría haberse examinado con más detalle la tendencia moderna a la racionalidad de fines y medios y la forma en que las empresas y algunas profesiones son formas veladas y descentralizadas de discrecionalidad. Además de los aportes de Weber que se mencionan, valdría la pena haber comentado los de estudiosos como Daniel Bell y Foucault.

Los comentaristas solemos criticar a los demás por lo que dejamos de hacer nosotros mismos. Los vacíos mencionados sólo pueden llenarse tras otra larga y paciente actividad de investigación colectiva e individual. Este libro del profesor Cuevas es un punto de referencia obligado y una invitación a proseguirla.

*Freddy Cante*